



Aproximación histórica
Autor: José Antonio Pagola
PPC 2007

Resumen realizado por Julián Díaz Lucio

NOTA del “resumidor”:

Me ha fascinado tanto el libro de Pagola que inmediatamente pensé en hacer un resumen del mismo para que otras personas, con menos aguante que yo para leer, pudieran aprovecharse de la enorme riqueza que el libro contiene. Es un servicio que acostumbro a realizar con otras lecturas o libros.

El presente resumen es parcial, como todos los resúmenes. Seguramente no es del todo objetivo, como nadie lo es. Pero he tratado de ser lo más fiel al pensamiento del autor. Por eso he puesto entre comillas cantidad de frases que son copia literal del autor.

Es un trabajo exclusivamente privado, par darlo a las personas con las que trato en los diferentes encuentros que tengo con ellas. De ningún modo pretendo plagiar al autor y publicarlo como si fuera mío. El libro es de una categoría que yo no pretendo igualarlo. Si con la lectura de este resumen fomento el que se lea el libro original, me daría por muy satisfecho. De leer el libro, es necesario leer también todas las notas, que son de una gran riqueza.

Copio literalmente, y completo, el EPÍLOGO del libro, porque expresa la visión experimental del autor sobre la persona de Jesús. Echo en falta el que resalta poco la importancia que la Comunidad cristiana tuvo en el inicio del cristianismo, ejemplo para la vivencia del cristianismo hoy.

RESUMEN DEL LIBRO

Introducción: El autor trata de hacer una aproximación histórica de la figura de Jesús “estudiando, evaluando y recogiendo las importantes aportaciones de quienes están hoy dedicados de manera más intensa a la investigación de su persona”. Para ello ha tratado de acercarse a la experiencia de las personas que convivieron con él. No parte de las ideas cristológicas sobre Jesús, sino que intenta descubrir la riqueza de su personalidad desde una lectura crítica de los evangelios, ayudándose de todos los estudios científicos que se han venido haciendo de su persona, sin rechazar a priori ninguna aportación. Después, él se ira decantando por las opciones que le parecen más probables.

Jesús ha aportado a sus seguidores una dimensión más profunda de sus vidas. Lleva también a creer en un Dios Padre, más humano, salvador y amigo.

El autor lo hace desde el seno de la Iglesia católica, que conoce bien, centrándose en lo fundamental de Jesús, que fue el reino de Dios que vino a predicar y a realizar.

1.- Judío de Galilea.- Jesús (Yeshúa = Yahvé salva) es de Nazaret, Galilea, que estaba bajo la dominación del tetrarca Antipas (4 a.C.-39 d. C.) Se hablaba arameo en la vida corriente. El hebreo se usaba en los libros litúrgicos.

2.-Vecino de Nazaret: Le llaman Jesús el de Nazaret. “Se conoce a sus padres y hermanos”. “Nació probablemente en Nazaret” Los evangelios de la infancia sitúan su nacimiento en Belén “seguramente por razones teológicas”. Nazaret era un pequeño poblado de la Baja Galilea (200-400 h.) Los evangelios de la infancia, “más que relatos de carácter biográfico son composiciones cristianas elaborados a la luz de la fe en Cristo resucitado”.

Su clan familiar era judío. “los evangelios nos informan de que Jesús tiene cuatro hermanos que se llaman Santiago, José, Judas y Simón, y también algunas hermanas”.

El ambiente era totalmente rural donde la principal preocupación era la subsistencia y también el honor familiar.

Tenían un ambiente profundamente religioso en el cumplimiento de las prácticas religiosas: descanso semanal, oraciones...

El ambiente cultural era muy bajo. Se estima que sólo el 10% era capaz de leer y escribir. De Jesús no sabemos si aprendió a leer y escribir.

Parece que fue un artesano rural, como su padre José, que trabajaba la madera y la piedra para ganarse la vida.

Sin esposa ni hijos, aunque entre sus seguidores sí los había que estaban casados.

En un momento dado abandona a su familia y se consagró en cuerpo y alma a lo que él llamaba “reino de Dios”, la “Buena noticia de Dios”, la gran pasión de su vida.

3.- Buscador de Dios.- Jesús deja su trabajo de artesano y abandona a su familia y se adentra en el desierto. Después queda fascinado por este profeta del desierto, Juan el Bautista, se acerca a él y se hace bautizar por él en las aguas del Jordán y permanece con él durante algún tiempo.

A partir de ese momento Jesús da un giro radical a su vida: no vuelve a Nazaret. Se pone a predicar la Buena Noticia salvadora del reino de Dios, para lo cual se precisa la conversión para acoger su perdón salvador.

Jesús abandona la vida austera de Juan por un estilo de vida festivo y se dedica a curar enfermos, tocar leprosos y marginados como señal de que el reino salvador de Dios se estaba haciendo presente.

4.- Profeta del reino de Dios.- Jesús deja Nazaret y “se pone a vivir en Cafarnaún en casa de Simón y Andrés, dos hermanos que ha conocido en el entorno del Bautista”. Desde allí recorre las aldeas invitando a todos a ‘entrar’ en el reino de Dios que está ya irrumpiendo en sus vidas. Lleva una vida itinerante al servicio de los pobres y marginados, porque el reino de Dios es ahí donde se gesta. El reino de Dios es “el núcleo central de su predicación, su convicción más profunda, la pasión que anima toda su actividad”. Y con él viene la vida, la justicia, la misericordia, la alegría y la paz, pero nunca explica directamente en qué consiste ese reino.

Jesús anuncia la presencia del reino: “El reino de Dios está llegando, convertíos y creed la buena noticia”. Dios quiere que los hombres vivan con dignidad, que los enfermos sean rescatados del sufrimiento, los endemoniados se vean liberados de su tormento y los pobres recuperen su dignidad. “Su reinado no es para imponerse a nadie por la fuerza, sino para introducir en la vida su misericordia y llenar la creación entera de su compasión.” Es un reino de vida y de paz.

Jesús no excluye a nadie, pero “declara de manera rotunda que el reino de Dios es para los pobres” en concreto: “familias que sobreviven malamente, gentes que luchan por no perder sus tierras y su honor, niños amenazados por el hambre y la enfermedad, prostitutas y mendigos despreciados por todos, enfermos y endemoniados a los que se les niega el mínimo de dignidad, leprosos marginados por la sociedad y la religión”.

Aceptar el reino de Dios implica cambiar de manera de pensar y de actuar, dejarse transformar y empezar a construir la vida tal como Dios la quiere.

El reino de Dios está por encima de reino o poder. No solo implica una conversión individual de cada persona, sino que trata de introducir un comportamiento social de cambio. “El perdón de Dios tiene que crear un comportamiento social más fraterno y solidario.”

El reino de Dios ya está aquí como semilla en este mundo, y que un día se podrá recoger la cosecha final. Será como una levadura que lo transforme todo.

5.- Poeta de la compasión.- Jesús explica la experiencia del reino de Dios a través de un lenguaje poético de bellas metáforas y de parábolas, con imágenes tomadas de la vida rural que él conoce bien. “Se han conservado cerca de cuarenta parábolas con un relato más o menos desarrollado, junto a una veintena de imágenes y metáforas”. “Solo Jesús pronuncia parábolas sobre el reino de Dios.” Con las parábolas Jesús hace presente a Dios irrumpiendo en la vida de sus oyentes, conmueven, hacen pensar, tocan el corazón e invitan a

abrirse a Dios. Quien se deja transformar por su fuerza está ya entrando en el reino de Dios.

El reino de Dios actúa como el grano de mostaza, la levadura, la pequeña semilla, hasta que un día germine todo. El reino de Dios es como una perla o un tesoro escondido que hay que encontrar y valorar.

La parábola del amor del padre muestra el Dios compasivo que perdona con un amor increíble, acoge a los perdidos y olvida. Este amor se muestra igualmente en la parábola del dueño de la viña (Mt. 20,1-15), o en la del fariseo y el recaudador que subieron al templo a orar (Luc. 18,10-14)

También Jesús ve el reino de Dios en la compasión de un impuro y odiado samaritano que se acerca al sufrimiento de un ser humano caído en el camino. (Luc. 10,30-36), y no en la conducta de los que sirven en el templo.

“Sed compasivo como vuestro Padre es compasivo (Luc. 6,36) Esto también lo expresa con dos parábolas. La de la oveja perdida y de la dracma perdida.

La imagen Dios compasivo y misericordioso se muestra en la actitud de Jesús con la prostituta en casa de Simón, y con la parábola de los deudores (Luc. 7,41-42) y no como el siervo sin entrañas. (Mt. 18, 23-34)

6.-Curador de la vida.- Jesús habla de la misericordia de Dios con parábolas, “pero también con hechos”. “Recorría toda Galilea... proclamando la buena noticia del reino y curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo”. (Mt. 4,23) La primera mirada de Jesús se dirige hacia los que sufren enfermedad o desvalimiento y anhelan más vida y salud. (Jn. 10,10)

En una sociedad teocrática, todo se ve desde Dios. Dios está en el origen de la salud y de la enfermedad, es el señor de la vida y de la muerte. Los enfermos se sienten abandonados de Dios. Los enfermos eran excluidos en mayor o menor grado de la convivencia religiosa y social.

“El hecho es históricamente innegable: Jesús fue considerado por sus contemporáneos como un curador y exorcista de gran prestigio.” Las curaciones que hace forman parte de su proclamación del reino de Dios.

Jesús “cura porque está habitado por el Espíritu y la fuerza sanadora de Dios”, que le impele a tener un amor compasivo con todos los que sufren.

Jesús cura gratuitamente como un don que viene de Dios. Y cura integralmente y lo restituye a la sociedad, liberándolos de toda exclusión.

Jesús, “lleno del Espíritu de Dios, se acercaba también a los poseídos y los libraba de los espíritus malignos.” Fue un exorcista de prestigio extraordinario. Los exojetas ven en la posesión diabólica casos de epilepsia, histeria, esquizofrenia... La fuerza de Jesús “está en sí mismo. Basta su presencia y el poder de su palabra para imponerse.” Liberando a los demonios, Jesús está buscando una nueva sociedad. Expulsa los demonios con “el dedo de Dios” y son señal de que ha “llegado el reino de Dios”.

La preocupación primera de Jesús no es liberar al pecador como el Bautista, sino liberar el sufrimiento de los más desgraciados. Para Jesús “el pecado más grave y que mayor resistencia ofrece al reino de Dios consiste precisamente en causar sufrimiento o tolerarlo con indiferencia”. Jesús se dedica a dos tareas: anunciar el reino de Dios y curar las dolencias del pueblo. (Mt. 4,23)

Esto es el reino de Dios: “La derrota del mal, la irrupción de la misericordia de Dios, la eliminación del sufrimiento, la acogida de los excluidos en la convivencia, la instauración de una sociedad liberada de toda aflicción.”

7.- Defensor de los últimos.- Con Jesús experimentan “que Dios quiere para ellos un reino de justicia y de compasión”. Los pobres en la Galilea del tiempo de Jesús son las familias privadas de tierra, los jornaleros, los mendigos, las prostitutas, bandoleros, vagabundos y gente que huía de sus acreedores, los desposeídos de todo. Sin riqueza, sin poder y sin honor. Muchos son mujeres y niños.

Jesús comparte con ellos la vida itinerante. Vivía entre los excluidos buscando el reino de Dios y su justicia. “Es el mejor lugar para acoger y anunciar el reino de Dios.” Para esta gente el reino de Dios es “buena noticia”, una nueva esperanza, como para el pobre Lázaro de la parábola. (Luc. 16, 19-31) Jesús desenmascara la terrible injusticia de aquella sociedad. “Dichosos los pobres”.

En el reino de Dios no puede haber ricos viviendo a costa de los pobres, oprimiendo a los débiles. No es posible ser esclavo del dinero y las riquezas y pretender entrar en la dinámica del reino de Dios, que busca una vida digna y fraterna para todos. “No podéis servir a Dios y al Dinero”, como lo muestra en la parábola del rico insensato (Luc. 12, 16-20); y en la del juicio final (Mt. 25, 3-46), donde el criterio para separar a los dos grupos es que “unos han reaccionado con compasión ante los necesitados, y los otros han vivido indiferentes a su sufrimiento”. “No es su religión ni la adhesión explícita a Jesús lo

que los conduce al reino de Dios, sino su ayuda a los necesitados”, los que tienen compasión hacia los más pequeños. Jesús abre otra vía de acceso a Dios distinta de lo sagrado.

Jesús devuelve la dignidad a los mendigos, los enfermos de piel y las prostitutas, considerados como indeseables para la sociedad civil y religiosa. Los separan para no contaminar a la sociedad y al templo. Son impuros. Pero Jesús proclama: “Sed compasivos como vuestro Padre es Compasivo”. (Luc. 6,36) Dios es compasión y amor entrañable a todos, también a los impuros, los privados de honor, los excluidos del templo. “La experiencia que Jesús tiene de Dios no conduce a la separación y exclusión, sino a la acogida, al abrazo y a la hospitalidad”.

Jesús es amigo de pecadores. Éstos son “personas que han transgredido la Alianza de manera deliberada, sin que se observe en ellos signo alguno de arrepentimiento”. Son los que desprecian los signos religiosos judíos, los delincuentes, los colaboradores con Roma (publicanos), los usureros, las prostitutas. Son los perdidos. Jesús trata con ellos, y hasta come con ellos. Compartir la misma mesa quiere decir que se pertenece al mismo grupo. El reino de Dios es una mesa abierta donde pueden sentarse y comer hasta los pecadores. Es lo que retrata en la parábola del banquete. (Luc. 14,16-24) Dios es así. El gozo de Dios es que los pobres y despreciados, los indeseables y pecadores puedan disfrutar junto a él.

El perdón que Jesús ofrece en el reino de Dios es gracia antes que juicio. No justifica el pecado, la corrupción ni la prostitución, pero rompe el círculo de la discriminación, abriendo un espacio nuevo para el encuentro amistoso con Dios. Con Jesús pueden abrirse al perdón de Dios y cambiar. Ofrece el perdón en nombre de Dios. Esta actitud provocó escándalo e indignación.

Jesús ofrece su comunión y amistad como signo de que Dios los acoge en su reino incluso antes de que vuelvan a la ley y la Alianza. Ofrece el perdón sin exigir previamente un cambio. Pone a los pecadores ante el amor y la ternura de Dios. Jesús sitúa a todos ante el abismo insondable del perdón de Dios. Solo quedan excluidos quienes no se acogen a su misericordia. Dios es así, amor y perdón.

8.- Amigo de la mujer.- En el pueblo judío había una visión negativa de la mujer como fuente siempre peligrosa de tentación y de pecado. Además la mujer era propiedad del varón. Las mujeres para el hogar, para moler el trigo, cocer el pan, cocinar, hilar, lavar el rostro las manos y los pies de su hombre, satisfacerlo sexualmente y darle hijos varones. Fuera del hogar las mujeres no “existían”. El protagonista de la religión judía era el varón.

Jesús es amigo de las mujeres, del entorno más bajo de la sociedad. Las sienta a su mesa sin importarle su pureza legal. Jesús ni se asusta ni las condena; las acoge con el amor comprensivo del Padre.

Jesús rompe esquemas en el trato con ellas: con la samaritana, con la sorprendida en adulterio. Las hace protagonistas de sus relatos: la mujer que mete la levadura en la masa, la viuda importuna, la que encuentra la moneda perdida, la que pone en el cepillo del templo dos moneditas, la que es curada solo con tocarle...

Tan extrañados estaban sus familiares de su conducta que quieren llevárselo porque creen que estaba loco. “Estos son mi padre y mis hermanos, quien cumple la voluntad de Dios”.

Las mujeres siguieron a Jesús desde el principio, como los demás discípulos, incluso en el momento de su ejecución. Viajar por el campo siguiendo a un varón y dormir en descampado junto a un grupo de hombres era probablemente un escándalo. Hay un grupo más cercanas a Jesús: María de Magdala, María, la madre de Santiago y José, y Salomé. También es amigo de Marta y María. Casi con seguridad tomaron parte en la última cena junto con María, la madre de Jesús. Y son fieles junto a la cruz. Parece que fueron ellas las primeras en experimentar a Jesús resucitado.

Pero su amiga más entrañable y querida es María de Magdala, que le fue fiel hasta el final. Jesús la había curado “expulsando de ella siete demonios”. El encuentro con Jesús la transforma. Es la primera en encontrarse con el resucitado. Tuvo gran influencia en los primeros cristianos. La Iglesia de oriente siempre la ha venerado como seguidora fiel de Jesucristo y testigo eminente del Señor resucitado.

9.- Maestro de vida.- Jesús es un maestro de vida que enseña a vivir de manera diferente bajo el signo del reino de Dios. Lo llaman *rabí*, es un sabio que enseña a vivir respondiendo a Dios. Pero no se dedica a interpretar la ley. Su autoridad sorprende. De su enseñanza se desprende que está llegando el reino de Dios. Su enseñanza es subversiva, pues pone en cuestión la religión convencional. “Los designios de Dios se están cumpliendo con la irrupción del reino de Dios.” Es la plenitud de lo que se decía en los textos sagrados. Jesús utiliza dichos breves y concisos, llenos de verdad y sabiduría, pronunciados con fuerza, que hacían pensar: “Amad a vuestros enemigos”. “No juzguéis y no seréis juzgados”. Sabe tocar el corazón y la mente de las gentes. Llega hasta las gentes más sencillas e ignorantes.

Pero para entrar en la dinámica del reino de Dios todos han de cambiar. “En el reino de Dios solo se puede entrar con un corazón nuevo, dispuesto a obedecer a Dios desde lo más hondo.” Dios busca

reinar en el centro íntimo de las personas. “En ninguna parte se construirá la vida tal como Dios la quiere si las personas no cambian desde dentro.” El que no tiene el corazón de niño no puede entrar en el reino de Dios.

Jesús no se centra en la Torá; para él no es lo fundamental, aunque exprese en muchos aspectos la voluntad de Dios. Lo importante es el reino de Dios, y eso lo cambia todo. Ahora “es necesario preguntarse qué es ser leales al Dios de la compasión.” Jesús confronta a la gente no con las leyes, sino con el Dios compasivo. Lo importante en el reino de Dios es contar con personas que se parezcan a Dios su padre y sean buenos como él. Va más allá de la ley. Y esto lo hace con total libertad, más allá de las normas y prescripciones. A Jesús le interesa la pureza del corazón, vivir con un corazón limpio y puro. Por eso va más allá del sábado o de las normas de comida y purificaciones.

Lo decisivo es el amor, es la única respuesta adecuada del reino de Dios. El amor es un imperativo absoluto. El amor es la ley fundamental y decisiva. El amor lo relativiza todo. El amor a Dios y al prójimo son inseparables. Hay que amar a Dios sobre todas las cosas; pero en el amor al prójimo es donde se descubre la verdad del amor a Dios. La regla de oro: “tratad a los demás como queréis que ellos os traten”.(Luc. 6,31), en positivo. Esta es toda la Ley.

Llega a decir: amad a vuestros enemigos (Mt.5, 43-45), porque Dios no es vengador, sino que es acogedor, compasivo y perdonador, hace salir el sol sobre buenos y malos. Es pensar en el bien para el enemigo, en hacer lo que es bueno para él. Esto era revolucionario en el ambiente judío.

Igualmente proclama la lucha no violenta por la justicia. La llegada de Dios no puede ser violenta y destructora. Jesús no usa la violencia ni incita a ella. Lo que hay que hacer es unirse a Dios cuyo corazón no es violento, sino compasivo, y luchar contra la injusticia de una manera no violenta. Pero Jesús no está alentando la pasividad, sino que anima a reaccionar con dignidad que desconcierte al adversario y le obligue a reflexionar y deponer su actitud. “El reino de Dios exige organizar el mundo no en la dirección a la violencia, sino hacia el amor y la compasión.”

10.- Creador de un movimiento renovador.- Desde el principio Jesús se rodea de amigos y colaboradores con los que va experimentando la cercanía salvadora del reino de Dios y la tarea de anunciarlo a los demás.

Jesús tiene un gran poder de atracción. Muchos le siguen y colaboran ocasionalmente, pero hay un grupo de discípulos y discípulas que lo

acompañan en su vida itinerante. Entre estos elige al grupo de los doce.

Jesús movilizaba a las gentes y provocaba su entusiasmo. Son personas sencillas e ignorantes, pobres y desgraciados, pescadores y campesinos, mendigos y ciegos. Habla al aire libre, junto al lago, en las colinas y en las sinagogas. Muchos sintonizan con él, y otros se resisten a su mensaje como los de Corozáin, Betsaida y la misma Cafarnaún. Sin embargo, bastantes personas muestran una adhesión cordial y su apoyo en toda Galilea y alrededores de Jerusalén.

Es el grupo más cercano de discípulos y discípulas el que sigue a Jesús en su vida itinerante. Son personas que han dejado su familia y le siguen compartiendo la misma vida y confidencias. Es un grupo más amplio que los “Doce”

Jesús no crea un movimiento violento, o de puros, o de elegidos de Dios, sino para que compartan con él la experiencia de la irrupción del reino de Dios, y participen en la tarea de ayudar a otros a acogerlo. En adelante su identidad consistirá en vivir “caminando” hacia el reino de Dios y su justicia. El “pequeño grupo está llamado a ser símbolo del reino de Dios y de su poder transformador.” No buscarán el poder, la seguridad, ni la dominación de ningún tipo, sino el servir alegremente a los últimos.

Son enviados por las aldeas, anunciando a Dios, curando en nombre de Jesús, y anunciándoles la cercanía del reino de Dios. (Mt. 10, 7-9) Serán pescadores de hombres para liberarlos del poder del mal y para “introducirlas así en la vida del reino de Dios”. El estilo es de pobreza total sin más apoyo que el Dios compasivo.

11.- Creyente fiel.- La experiencia de Dios, el Padre de todos, fue central y decisiva en la vida de Jesús. “El mensaje y la actuación de Jesús no se explican sin esa vivencia radical de Dios.”

Jesús no propone una doctrina nueva sobre Dios, ni critica la idea de Dios de Israel, sino que transmite la imagen de Dios como el Dios compasivo, amigo de la vida y de la felicidad de sus hijos e hijas.

Jesús vive su fe arraigada en la fe su pueblo judío; pero no se remite mucho al pasado, sino que él siente a Dios actuando ahora defendiendo la ternura y la justicia a favor de las víctimas, de los excluidos y de los pobres. Se distancia así del mensaje amenazador del Bautista. Jesús sigue las grandes líneas de los profetas después del destierro (Isaías, Jeremías), de los escritores de la tradición sapiencial de Israel, y de la experiencia de Dios que transmiten los salmos.

Pero la experiencia decisiva, intensa y poderosa de Dios la tiene al recibir el bautismo de Juan. (Mc 1,10-11 y paralelos) Jesús se siente “como Hijo muy querido: ¡Dios es su Padre! Al mismo tiempo se va a

sentir lleno de su Espíritu.” Jesús lo llamará *Abbá*, con lo que expresa “su confianza total en Dios y su disponibilidad incondicional”. Su caminar no se apoyará en la religión del templo ni en la doctrina de las escribas, sino en la experiencia de Dios como Padre, en su confianza y fidelidad a él. Jesús también se siente lleno de la fuerza del Espíritu bueno del Padre para enfrentarse a todas las situaciones, y para anunciar la buena noticia a los pobres y oprimidos.

Jesús se retiraba a orar para tener encuentro íntimo y silencioso con su Padre. Es “la fuente de la que necesita beber para alimentar su ser”. La oración de Jesús es sencilla, sin grandes gestos ni palabras solemnes, sino en lo secreto, en contemplación, con confianza absoluta, buscando el encuentro con Dios para acoger su reino y hacerlo realidad entre los hombres.

Dios es Padre. Esta es la experiencia profunda de Jesús, aunque ya los judíos habían invocado a Dios como padre en sentido genérico, pero Jesús lo llama *Abbá*, Padre mío querido. Implica una experiencia más íntima de intimidad, cariño y cercanía, pero también de respeto y sumisión.

El Padre de Jesús es el Padre bueno, no como el padre sexista patriarcal de Galilea celoso de su honor y su poder. La solicitud amorosa del Padre está presente envolviendo la existencia de toda criatura. Jesús lo capta como bondad y salvación. “Lo más importante para Dios son las personas, más que los sacrificios o el sábado.” Y este Padre bueno es cercano y compasivo. Basta con invocarle como ¡Padre! Y es Padre bueno de todos, de los buenos y de los malos, como ese hijo que se ha ido de casa. Es el Dios del perdón y de la vida. Solo espera que crea en él. Así nace una religión fundada en la confianza.

Jesús no separa nunca Dios de su reino, que es su proyecto de transformar el mundo para humanizar la vida. El Dios de Jesús es un Dios del cambio, de la conversión, (Mc. 1,15) para ir construyendo una tierra nueva donde se viva en plenitud, en paz. Es vida en plenitud es la que va derramando con todos los que encuentra: cojos, ciegos, leprosos, sordos... Es también lo que revela en su defensa de los últimos y excluidos. “Jesús promueve una ‘mesa abierta’ a pecadores, indeseables y excluidos como símbolo de la comunidad fraterna que acoge el reino del Padre.” Una religión que va contra la vida es falsa, por eso cura en sábado.

La oración de Jesús “condensa en pocas palabras su experiencia de – Dios, su fe en el reino y su preocupación por el mundo.”

¡Padre! Es la primera palabra de Jesús al dirigirse a Dios. Es orar sintiéndose hijos queridos del Padre y hermano solidario de todos. Es *Padre del cielo*, sin pertenecer a ningún pueblo ni religión.

Santificado sea tu nombre. Que tu nombre de Padre sea reconocido y venerado como fuerza salvadora y dadora de vida para todos.

Venga tu reino. Que tu reino se vaya abriendo camino entre nosotros como semilla y levadura de verdad, de justicia, de compasión y perdón. Si tú reinas, ya no habrá dominio de los poderosos sobre los débiles, los ricos sobre los pobres.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Que se haga tu voluntad y no la nuestra. Que en la creación entera se haga lo que tú quieres y no lo que desean los poderosos de la tierra.

Danos hoy el pan de cada día. Danos a todos el alimento que necesitamos para vivir. Que todos los hambrientos de la tierra puedan comer y vivir con dignidad.

Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Estamos en deuda con Dios por no responder al amor del Padre, por no entrar en su reino. “Queremos que tu perdón transforme nuestros corazones y nos haga vivir perdonándonos mutuamente.”

No nos dejes caer en la tentación, no sucumbir a ella, rechazando definitivamente tu reino y tu justicia. Porque somos débiles y expuestos a toda clase de peligros y riesgos que nos alejen definitivamente del reino de Dios.

Líbranos del mal. Arráncanos del mal. Es la misma petición anterior.

12.- Conflicto peligroso.- Jesús murió violentamente en plena madurez. Lo ejecutaron en las afueras de Jerusalén unos soldados a las órdenes de Pilato, máxima autoridad romana en Judea. Era probablemente el 7 de abril del año 30.

Su final se había ido gestando día a día desde que comenzó a anunciar el proyecto del reino de Dios. En diversos sectores del poder iba despertando alarma. Su programa del reino de Dios y su justicia era un desafío al sistema. Jesús se convertía en peligroso para los que detentaban los poderes religiosos, políticos y económicos.

Jesús entró pronto en conflictos con sectores fariseos, porque eran quienes más trataban de influir en la vida de la gente. Los evangelios lo presentan siempre en conflicto con ellos, como se ve en Mt. 23. Jesús sobre todo entró en contacto con ellos en Jerusalén y sus cercanías. Jesús no entiende ni vive la ley como ellos. Su corazón está centrado en la irrupción inminente de Dios. “Lo decisivo para Jesús no es observar la ley, sino escuchar la llamada de Dios a ‘entrar’ en su reino”. Les irrita su libertad y la cogida a los pecadores en nombre

de Dios. De todos modos, parece que no fueron los fariseos los instigadores de su ejecución.

Hubo oposición a las autoridades religiosas, porque la actuación de Jesús suponía un desafío al templo como fuente exclusiva de salvación para el pueblo. Jesús curaba y perdonaba al margen de la autoridad del templo, que controlaba todos los diezmos y limosnas. “Los sumos sacerdotes no podían tolerar semejante agresión”. Parece que la parábola de los viñadores homicidas (Mc. 12, 1-8) va contra ellos. También los lamentos proféticos sobre Jerusalén.

También el poder romano recela del mensaje y la persona de Jesús. Jesús anuncia la implantación inminente del reino de Dios, su solidaridad con los excluidos y su libertad para criticar la situación, constituían un potencial peligro de subversión. El que Jesús usase el simbolismo del reino-imperio, aunque fuera de Dios, no era muy tranquilizante para las autoridades. Jesús no pretendía una sublevación contra Roma, pero su actuación es peligrosa: da esperanza a los más humildes, los pobres, los excluidos. Y todo apoyado en su fuerza en el Dios de Israel. Además, tiene una postura ambigua ante el tributo: dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Los pobres, los pequeños son de Dios.

Jesús es coherente hasta el final, y sabía a lo que se exponía al seguir insistiendo en la irrupción del reino de Dios. El mensaje de Jesús de justicia y compasión para los excluidos y rechazados provocaba “la persecución de aquellos a los que no interesaba cambio alguno ni en el Imperio ni en el templo.” El destino que espera al profeta, como al Bautista, es la incomprensión, el rechazo y la persecución. Jesús estaba cierto de ello, aunque no lo buscaba. “Si acepta la persecución y el martirio será por fidelidad al proyecto del Padre.” “No huye ante las amenazas; tampoco modifica su mensaje; no lo adapta ni suaviza... Continuó su camino. Prefería morir antes que traicionar la misión para la que había sido escogido”. Incluso sube a Jerusalén y predica su mensaje en el entorno del templo. Morirá fiel al Dios en el que ha confiado siempre. Con su muerte sellará para siempre su mensaje de un Dios defensor de todos los pobres y oprimidos. Al parecer, Jesús vio su muerte “como consecuencia lógica de su entrega incondicional al proyecto de Dios”. “Jesús no interpretó su muerte desde una perspectiva sacrificial. No la entendió como un sacrificio de expiación ofrecido al Padre”. “Jesús entiende su muerte como ha entendido su vida: un servicio al reino de Dios a favor de todos... Su muerte fue el servicio último y supremo al proyecto de Dios, su máxima contribución a la salvación de todos”.

Peregrinación arriesgada a Jerusalén. Jesús la realiza en el mes de *nisán* del año 30, en las fiestas de la Pascua, donde se concentraban

más de cien mil peregrinos. Desde Galilea se necesitaban tres o cuatro días de camino. Jerusalén se convertía en las fiestas de Pascua en una ciudad mundial por la cantidad de peregrinos venidos de todas partes. En esas fiestas celebran “su liberación de la esclavitud del faraón”. Ahora son esclavos del imperio romano en su propia tierra. Tal aglomeración es peligrosa. Por eso Pilato se desplaza esos días hasta Jerusalén para reforzar la guarnición de la torre Antonia, que domina toda la explanada del templo, que tenía 144.000 m². Jesús entra en Jerusalén montado sobre un asno como humilde peregrino. La gente comienza a aclamarlo, expresando su fe en el reino de Dios y su agradecimiento a Jesús. El grito de la gente debió ser: ‘¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!’ . El gesto de Jesús era seguramente intencionado: es una entrada humilde en confrontación con las entradas triunfales romanas. “Este acto público de Jesús anunciando un antirreino no violento habría bastado para decretar su ejecución.”

Jesús echa a los mercaderes del templo. (Mc. 11,15-19) Es un gesto muy peligroso. Con ello provoca su detención y rápida ejecución. “Atacar al templo era atacar el corazón del pueblo judío, símbolo alrededor del cual gira todo lo demás, el centro de la vida religiosa, social y política.” Es el lugar santo y puro, signo de la presencia de Dios. Pero se había convertido en almacén de los diezmos y primicias de los campesinos, beneficiando a los intereses de la aristocracia sacerdotal, que quizá se preocupa más de sus intereses que de servir al pueblo. El templo se había convertido en fuente de poder y riqueza. Jesús realiza un gesto simbólico en medio de peregrinos de todo el mundo. Con él Jesús bloquea las actividades religiosas del templo como el cambio de moneda o la venta de palomas. Su acción apunta “hacia la desaparición de la propia institución.” Aquel sistema económico, político y religioso no puede agradar a Dios. “El templo se ha convertido en símbolo de todo lo que oprime al pueblo”. Desde ahí nadie defiende a los pobres. “El gesto de Jesús es una ‘destrucción’ simbólica... Con la venida del reino de Dio, el templo pierde su razón de ser”. La actuación de Jesús ha ido demasiado lejos, y ha sido vigilado por los guardianes del templo y los soldados de la torre Antonia. Este hombre debe ser eliminado.

Jesús organiza una cena inolvidable con sus amigos y amigas más cercanos. “Consciente de la inminencia de su muerte, necesita compartir con los suyos su confianza total en el Padre incluso en esta hora”. Los quiere preparar para que no se hundan en la tristeza o desesperación ante su ejecución. Parece que esa cena no es la cena de Pascua, pues fue ejecutado en la víspera de Pascua. Fue una cena de despedida, solemne. Parece que no hay que excluir a otros discípulos

y discípulas venidos con él a Jerusalén. Dos sentimientos embargan a Jesús: la certeza de su muerte, y su confianza inquebrantable en el reino de Dios. (Mc. 14,25) Esta cena es símbolo y anticipación del banquete final del reino. Según la costumbre judía, al comienzo de la comida, Jesús toma el pan, pronuncia la bendición a Dios, rompe el pan y va distribuyendo un trozo a cada uno. Esa noche, mientras les distribuye el pan, les va diciendo: *“Esto es mi cuerpo. Yo soy este pan. Vedme en estos trozos entregándome hasta el final.”* Hacia el final de la comida, Jesús, tomando una copa de vino, la bendice y se la va pasando a todos para que beban de la misma copa, diciendo: *“Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre Mi muerte abrirá un futuro nuevo para vosotros y para todos... la nueva Alianza, el reino definitivo de Dios será para muchos, ‘para todos’... ‘La entrega de ese pan a cada uno y la participación en la misma copa les traerá a la memoria la entrega total de Jesús’... ‘Ahora entrega su vida hasta la muerte ofreciendo a todos la salvación del Padre’... ‘Repitiendo aquella cena (sus discípulos) podrán alimentarse de su recuerdo y su presencia.’* Con estos gestos proféticos de la entrega del pan y del vino, compartidos por todos. *“Jesús convierte aquella cena de despedida en una gran acción sacramental, la más importante de su vida, la que mejor resume su servicio al reino de Dios”. “De manera germinal, Jesús está diseñando en su despedida las líneas maestras de su movimiento de seguidores: una comunidad, alimentada por él mismo y dedicada totalmente a abrir caminos al reino de Dios, en una actitud de servicio humilde y fraterno, con la esperanza puesta en el reencuentro de la fiesta final”. El lavatorio de los pies, aunque parece que es una creación del evangelista, es un signo del servicio fraterno. Según diversos investigadores, la última cena es entendida por Jesús “como una alternativa nueva y radical al sistema del templo.”*

Mártir del reino de Dios.- ¿Qué podemos saber de su proceso y ejecución? Un dato es seguro: Tácito informa que Jesús fue “condenado a muerte durante el reinado de Tiberio por el gobernador Poncio Pilato”. Según todas las fuentes se puede resumir así su proceso: “Jesús fue ejecutado en una cruz; la sentencia fue dictada por el gobernador romano; hubo una acusación previa por parte de las autoridades judías; solo Jesús fue crucificado, nadie se preocupó de eliminar a sus seguidores”. Pero no sabemos quienes fueron los testigos de los hechos, pues los discípulos habían huido. Parece que la redacción de los hechos se debe al trabajo de “escribas” y que han buscado en las Escrituras el sentido profundo de los hechos como cumplimiento de los designios de Dios. Hay tendencia de disculpar a los romanos (¿para congraciarse con ellos?) y de culpabilizar a todo el

pueblo judío. También hay “interés en presentar a Jesús como el mártir inocente, ejecutado injustamente por los impíos.”

Jesús es apresado y entregado por la autoridades del templo. Lo apresan los soldados del templo, con la colaboración de Judas. Al ser detenido, los discípulos huyen a Galilea, menos la mujeres, que se quedan en Jerusalén, quizá porque corren menos peligro. Jesús fue conducido a casa de Caifás, presidente del Sanedrín, la máxima autoridad judía, y de las familias más ricas y poderosas de la ciudad. Después lo entregan a Pilato. Caifás era yerno de Anás quien gozaba de buenas relaciones con Pilato. Según los datos históricos, parece que no hubo reunión del Sanedrín para condenar oficialmente a Jesús; todo ha sido reconstrucción de la primitiva comunidad para mostrar la fe en Jesús como Mesías, Hijo de Dios e Hijo del hombre y que ha sido condenado por blasfemo. Sí lo ven “como un falso profeta que se está convirtiendo en un peligro para todos”. “El ataque al templo es, sin duda, la causa principal de la hostilidad de las autoridades judías contra Jesús y la razón decisiva de su entrega a Pilato”.

Jesús es condenado a muerte por Roma. Todas las fuentes coinciden en que Pilato dictó la sentencia de muerte y mandó crucificar a Jesús, instigado por Caifás, las autoridades del templo y miembros de poderosas familias de la capital. Y Jesús es ejecutado por soldados a las órdenes de Pilato. Aunque imperfecto, parece que “hubo un proceso en el que el prefecto romano condena a Jesús a ser ejecutado en una cruz.” Jesús comparece maniatado ante Pilato; las autoridades del templo lo han traído hasta aquí. Pilato podía haberlo ejecutado sin más; pero escucha a los delatores, da la palabra al acusado centra la cuestión en el posible peligro que puede presentar este hombre: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Desde la perspectiva del Imperio es una pregunta decisiva. Jesús no va armado ni predica un levantamiento. Pero predica un cambio radical que llama reino de Dios. Jesús no es inofensivo y ha desafiado públicamente el sistema del templo. Está en peligro el orden público, Jesús es ejecutado por peligroso. Su ejecución servirá de escarmiento. “El profeta del reino de Dios es ejecutado por el representante del Imperio a instigación de la aristocracia local del templo”. Jesús representaba una amenaza para los intereses políticos y religiosos. El reino de Dios defendido por Jesús pone en cuestión al mismo tiempo el Imperio de Roma y el sistema del templo. “Jesús es crucificado porque su actuación y su mensaje sacuden de raíz ese sistema organizado al servicio de los más poderosos del Imperio romano y de la religión del templo”.

El horror de la crucifixión. Jesús escucha la sentencia aterrado. No hay posibilidad de apelación, porque Pilato es la autoridad suprema. La crucifixión era considerada como “la muerte más miserable de

todas” (Flavio Josefo). No era una simple ejecución, sino una lenta tortura. El reo podía estar colgado desnudo varias horas, incluso días, en caminos concurridos. En este caso, en el montículo del Gólgota, cerca de la muralla. La crueldad estaba pensada para aterrar a la población y que sirviera de escarmiento. Era el castigo típico de los esclavos, no aplicable a los ciudadanos romanos. Después de morir los dejaban en la cruz para alimento de las rapiñas y los perros. Los restos eran depositados en una fosa común, pero los judíos los enterraban el mismo día de la ejecución.

Las últimas horas. En los relatos de la pasión hay dos escenas paralelas de maltrato: la realizada en el palacio de Caifás, con golpes, salivazos y burlas por ser un “falso profeta”, que es de lo que le acusan. En el pretorio de Pilato también recibe golpes, salivazos y mofas por hacerse “rey de los judíos”. Tal como se describen estas dos escenas parece que carecen de rigor histórico, pero el trato vejatorio infligido a los condenados era normal. Sí parece histórica la flagelación infligida por orden de Pilato; formaba parte del ritual de la ejecución; el instrumento “tenía un mango corto y estaba hecho con tiras de cuero que terminaba en bolas de plomo, huesos de carnero o trocitos de metal... Jesús queda maltrecho, sin apenas fuerza para mantenerse en pie y con su cuerpo en carne viva”. Jesús y dos reos más son conducidos al lugar de la crucifixión. Llegado al Gólgota, lo desnudan totalmente, extienden sus brazos sobre el travesaño horizontal y con clavos largos y sólidos lo clavan por la muñecas”. Luego elevan su cuerpo y lo fijan al palo vertical y clavan sus dos pies a la parte inferior. Los soldados colocan el letrero “rey de los judíos” en la parte superior, indicando la causa de su ejecución. “Jesús ha sido clavado entre las nueve de la mañana y las doce del mediodía”. Según los evangelios los soldados le dieron a beber vino mezclado con mirra, que adormecía la sensibilidad, pero no lo tomó; también dicen que después, al lanzar un fuerte grito invocando a Dios, le ofrecen vino avinagrado, en plan de burla.

En manos del Padre. Las fuentes nos invitan a cercarnos a sus actitudes básicas a la luz del “sufrimiento del justo inocente”. En el huerto de los Olivos se muestra el abatimiento profundo ante lo que se le venía encima. No quiere morir, porque va a morir sin ver realizado su proyecto del reino de Dios. Exclama: “Abba, Padre, aparta de mí esta copa... pero que se haga lo que tú quieres”. Sus discípulos lo abandonan, su soledad es total. Solo unas mujeres lloran por él y un grupo de discípulas con su madre lo miran de lejos en el Gólgota, porque estaba prohibido acercarse a él. Todas las palabras atribuidas a Jesús en la cruz “reflejan probablemente las reflexiones de los cristianos”. Sí expresan diferentes aspectos de su oración: desolación,

confianza o abandono en manos del Padre. “Existía el recuerdo de que Jesús había muerto orando a Dios y también que al final había lanzado un fuerte grito”.

14.- Resucitado por Dios.-

¡Dios lo ha resucitado! La rápida ejecución de Jesús hunde a sus discípulos en una crisis radical y huyen a Galilea. Pero ocurre algo difícil de explicar: Vuelven a Jerusalén, se reúnen en nombre de Jesús y proclaman que está vivo y que Dios lo ha resucitado de entre los muertos. Su convicción es unánime e indestructible. Expresan la resurrección con dos palabras: ‘despertar’ y ‘levantar’. “Dios ‘ha despertado’ a Jesús, el crucificado, lo ha puesto de pie y lo ‘ha levantado’ a la vida”. Después vienen otras fórmulas: Dios ‘ha exaltado’ a Jesús, ‘lo ha elevado a su gloria’, lo ‘ha sentado a la derecha de su trono’ y lo ‘ha constituido como Señor’. ‘Resucitar’ es ya ser exaltado, ser introducido en la vida del mismo Dios. Pablo sintetiza esta fe cristiana: *Que Cristo murió por nuestros pecados... Y que resucitó al tercer día.* (1Cor. 15, 3-5). ‘Tercer día’ significa el día decisivo de la intervención salvadora plena de Dios. Lucas lo presenta como ‘el que está vivo’, ‘el viviente’.

¿En qué consiste la resurrección de Jesús? La resurrección no es un retorno a su vida biológica anterior. No es la reanimación de un cadáver. Es mucho más. La muerte ya no tiene dominio sobre él. Las ‘apariciones’ narradas en los evangelios pueden crear en nosotros una cierta confusión: Jesús puede ser visto y tocado. Pero no es el mismo como el de antes, ahora se les presenta lleno de vida, tiene una existencia nueva. Jesús ahora tiene un ‘cuerpo glorioso’ como plenitud de toda su vida. Dios lo ha transformado, lo ha resucitado con su ‘fuerza’. Pero la resurrección de Jesús no es propiamente un ‘hecho histórico’, constatable. “Para los que creen en Jesús resucitado es el hecho más real, importante y decisivo que ha ocurrido para la historia humana, pues constituye su fundamento y su verdadera esperanza”. Para los primeros cristianos, Jesús “es el fundamento y la garantía de la resurrección de la humanidad y de la creación entera”. (1Cor. 6,14)

El camino al la nueva fe en Cristo resucitado. “No es posible con métodos históricos penetrar en el contenido de su experiencia” en Jesucristo resucitado. Algo ha ocurrido en ellos “que los ha abierto a una experiencia nueva e inesperada de su presencia entre ellos”. Seguramente la esperanza en la resurrección que estaba alimentada en el pueblo judío desde el siglo segundo antes de Cristo, donde el pueblo profesa que la vida de los mártires no puede desembocar en la

oscuridad de la nada, les ayudó a experimentar a Jesús vivo, ya que el asesinato injusto de Jesús no ha podido ser aniquilado por la muerte. Pero es más, “los seguidores de Jesús terminan hablando de su resurrección como fuente de salvación para toda la humanidad, ‘primicia’ de una resurrección universal”.

Experiencia decisiva. En el inicio de este proceso existe la convicción de que “Dios está haciendo presente a Jesús resucitado en sus corazones... Dios les está revelando al crucificado lleno de vida”. “Es ahora cuando le están ‘viendo’ realmente, en toda su ‘gloria’”. Jesús ‘se deja ver’ lleno de vida. Pablo explica esta experiencia con el resucitado diciendo que ‘ha sido alcanzado’ por Cristo Jesús, el resucitado se ha apoderado de él. ‘Dios ha querido revelar en mí a su Hijo’. Por propia experiencia puede exclamar: ‘Ya no vivo yo. Es Cristo quien vive en mí’. Los relatos de las apariciones “son, más bien, una especie de ‘catequesis’ compuestas para hondar en diversos aspectos de la resurrección de Cristo”. Son “experiencias de la presencia inesperada de Jesús después de la muerte”. El objetivo de los evangelistas es mostrar que Jesús “ha sido resucitado por Dios y sigue lleno de vida acompañando a los suyos”. Lo central es el encuentro personal con Jesús lleno de vida, y que Jesús vive y está de nuevo con ellos, experimentando su cercanía entrañable. Dios ofrece por medio de Cristo resucitado el perdón, la paz y la resurrección. Con este encuentro los discípulos se sienten transformados radicalmente, les libera de su miedo y cobardía para lanzarse a anunciar la buena Noticia y ‘hacer discípulos’ de todos los pueblos.

En cuanto al sepulcro vacío, parece que se trata de un relato tardío. Lo que se pretende mostrar es un mensaje: “Es un error buscar al crucificado en un sepulcro; no está aquí; no pertenece al mundo de los muertos... Ha resucitado. Está más lleno de vida que nunca”.

Dios le ha dado la razón. “En la cruz no habían matado solo a Jesús. Con él habían matado también su mensaje, su proyecto de reino de Dios... Si Jesús tenía razón o no, solo Dios lo podía decir”. Pero descubren que Dios no lo ha abandonado, sino que ha salido en su defensa resucitándolo. “Con su acción resucitadora, Dios ha confirmado la vida y el mensaje de Jesús, su proyecto del reino de Dios y su actuación entera”. Esto es lo que resumen la primera predicación: “vosotros lo matasteis... pero Dios lo resucitó”. Después recordarán todo lo vivido con él en Galilea; y de ahí nacerán los evangelios, que recopilan los hechos y el mensaje de alguien resucitado y expresan la presencia salvadora de Dios. Todo su mensaje y vivencia tiene hoy plena actualidad: Dios sigue ofreciendo la salvación en Jesucristo. Los evangelios no son biografías, sino que nos muestran, con diversos matices, quién es Jesús resucitado para sus

seguidores y qué pueden esperar de él. “Aquel Jesús al que han visto curar, acoger, perdonar, abrazar y bendecir es el gran regalo que Dios ha hecho al mundo para que todos encuentren en él la salvación”.

Dios ha hecho justicia al crucificado. Los seguidores de Jesús ven en su resurrección la admirable respuesta de Dios al abuso que se ha cometido con él... Más allá de la muerte solo tiene poder el amor insondable de Dios”. Pero “Dios no aparece como alguien que exige previamente de Jesús sufrimiento y destrucción para que su honor y su justicia queden satisfechos y pueda así ‘perdonar’ a los hombres”. “Lo que da valor redentor al suplicio de la cruz es el amor, y no el sufrimiento... A Dios no le agrada ver a Jesús sufriendo. Lo único que salva en el Calvario es el amor insondable de Dios, encarnado en el sufrimiento y la muerte de su Hijo. No hay ninguna otra fuerza salvadora fuera del amor”. Por eso exclama Pablo: “El Hijo de Dios me ha amado y se ha entregado a sí mismo por mí”.

EPÍLOGO

(Trascripción literal)

Según un relato evangélico, estando Jesús de camino por la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos qué se decía de él. Cuando ellos le informaron de los rumores y expectativas que comenzaban a suscitarse entre la gente, Jesús les preguntó directamente: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Transcurridos veinte siglos, cualquier persona que se acerca con interés y honestidad a la figura de Jesús, se encuentra enfrentado a esta pregunta: “¿Quién es Jesús?”. La respuesta solo puede ser personal. Soy yo quien tengo que responder. Se me pregunta qué digo yo, no qué dicen los concilios que han formulado los grandes dogmas cristológicos, no qué explican los teólogos ni a qué conclusiones llegan hoy los exegetas e investigadores de Jesús.

También yo, a lo largo de este estudio, me he preguntado más de una vez quién es realmente Jesús para mí. No es mi propósito confesar aquí mi fe en Jesucristo. Lo he de hacer, como todos los cristianos, sobre todo con mi vida de cada día. Lo que sí quiero es compartir con quienes os sentís cristianos algunas convicciones que han ido creciendo en mí con fuerza, a medida que he ido avanzando en mi esfuerzo por aproximarme a la persona de Jesús.

Estas convicciones no pretenden imponer nada a quienes piensan de manera diversa. Solo son expresión de mi fe en Jesucristo. Las quiero compartir con los que amáis a Jesús, creéis en su proyecto de

reino de Dios y lleváis muy dentro del corazón la preocupación por el destino de la humanidad.

Volver a Jesús

Esto es lo primero y más decisivo: poner a Jesús en el centro del cristianismo. Todo lo demás viene después. ¿Qué puede haber más urgente y necesario para los cristianos que despertar entre nosotros la pasión por la fidelidad a Jesús? Él es lo mejor que tenemos en la Iglesia. Lo mejor que podemos ofrecer y comunicar al mundo de hoy.

Es esencial para los cristianos confesar a Jesucristo como “Hijo de Dios”, “Salvador del mundo” o “Redentor de la humanidad, pero sin reducir su persona a una “sublime abstracción”. No quiero creer en un Cristo sin carne. Se me hace difícil alimentar mi fe solo de doctrina. No creo que los cristianos podamos vivir hoy motivados solo por un conjunto de verdades acerca de Cristo. Necesitamos el contacto vivo con su persona: conocer mejor a Jesús y sintonizar vitalmente con él. No encuentro un modo más eficaz de ahondar y enriquecer mi fe en Jesucristo, Hijo de Dios, hecho humano por nuestra salvación.

Todos tenemos cierto riesgo de convertir a Cristo en “objeto de culto” exclusivamente: una especie de icono venerable, con rostro sin duda atractivo y majestuoso, pero del que han quedado borrados, en un grado u otro, los trazos de aquel Profeta de fuego que recorrió Galilea por los años treinta. ¿No necesitamos hoy los cristianos conocerlo de manera más viva y concreta, comprender mejor su proyecto, captar bien su intuición de fondo y contagiarnos de su pasión por Dios y por el ser humano?

Los cristianos tenemos imágenes muy diferentes de Jesús. No todas coinciden con las que tenían de su Maestro querido los primeros hombres y mujeres que lo conocieron de cerca y le siguieron. Cada uno nos hemos hecho una idea de Jesús; tenemos nuestra propia imagen de él. Esta imagen, interiorizada a lo largo de los años, actúa como “mediación” de la presencia de Cristo en nuestra vida. Desde esa imagen leemos el evangelio o escuchamos lo que nos predicán; desde esa imagen alimentamos la fe, celebramos los sacramentos y configuramos nuestra vida cristiana. Si nuestra imagen de Jesús es pobre y parcial, nuestra fe será pobre y parcial; si está distorsionada, viviremos la experiencia cristiana de forma distorsionada. Entre nosotros hay cristianos buenos, que creen en Jesús y lo aman sinceramente, ¿No necesitan muchos de ellos “cambiar” y purificar su imagen de Jesús, para descubrir con gozo la grandeza de esa fe que llevan en su corazón?

Creer en el Dios de la vida

En estos tiempos de profunda crisis religiosa no basta con creer en cualquier Dios; necesitamos discernir cuál es el verdadero. No es suficiente afirmar que Jesús es Dios; es decisivo saber qué Dios se encarna y se revela en Jesús. Me parece muy importante reivindicar hoy, dentro de la Iglesia y en la sociedad contemporánea, el auténtico Dios de Jesús, sin confundirlo con cualquier “dios” elaborado por nosotros desde miedos, ambiciones y fantasmas que tienen poco que ver con la experiencia de Dios que vivió y comunicó Jesús. ¿No ha llegado la hora de promover esa tarea apasionante de “aprender”, a partir de Jesús, quién es Dios, cómo es, cómo nos siente, cómo nos busca, qué quiere para los humanos?

Qué alegría se despertaría en muchos si pudieran intuir en Jesús los rasgos del verdadero Dios. Cómo se encendería su fe si captaran con ojos nuevos el rostro de Dios encarnado en Jesús. Si Dios existe, se parece a Jesús. Su manera de ser, sus palabras, sus gestos y reacciones son detalles de la revelación de Dios. En más de una ocasión, al estudiar cómo era Jesús, me he sorprendido a mí mismo con este pensamiento: Así se preocupa Dios de las personas, así mira a los que sufren, así busca a los perdidos, así bendice a los pequeños, así acoge, así comprende, así perdona, así ama.

Me resulta difícil imaginar otro camino más seguro para acercarnos a ese misterio que llamamos Dios. Se me ha gravado muy dentro cómo le vive Jesús. Se ve enseguida que, para él, Dios no es un concepto, sino una presencia amistosa y cercana que hace vivir y amar la vida de manera diferente. Jesús le vive como el mejor amigo del ser humano: El “Amigo de la vida”. No es alguien extrañó que, desde lejos, controla el mundo y presiona nuestras pobres vidas; es el Amigo que, desde dentro, comparte nuestra existencia y se convierte en la luz más clara y la fuerza más segura para enfrentarnos a la dureza de la vida y al misterio de la muerte.

Lo que más le interesa a Dios no es la religión, sino un mundo más humano y amable. Lo que busca es una vida más digna, sana y dichosa para todos, empezando por los últimos. Lo dijo Jesús de muchas maneras: Una religión que va contra la vida, o es falsa, o ha sido entendida de manera errónea. Lo que hace feliz a Dios es vernos felices, desde ahora y para siempre. Esta es la Buena Noticia que se nos revela en Jesucristo: Dios se nos da a sí mismo como lo que es: Amor.

Vivir para el reino de Dios

Una pregunta brota en quien busca sintonizar con Jesús: ¿qué es para él lo más importante, el centro de su vida, la causa a la que se dedicó

por entero, su preferencia absoluta? La respuesta no ofrece duda alguna: Jesús vive para el reino de Dios. Es su verdadera pasión. Por esa causa se desvive y lucha; por esa causa es perseguido y ejecutado. Para Jesús, “solo el reino de Dios es absoluto; Todo lo demás es relativo”. (EN,8)

Lo central en su vida no es Dios simplemente, sino Dios con su proyecto sobre la historia humana. No habla de Dios sin más, sino de Dios y su reino de paz, compasión y justicia. No llama a la gente a hacer penitencia ante Dios, sino a ‘entrar’ en su reino. No invita, sin más, a buscar a Dios, sino a ‘buscar el reino de Dios y su justicia’. Cuando pone en marcha un movimiento de seguidores que prolonguen su misión, no los envía a organizar una nueva religión, sino a anunciar y promover el reino de Dios.

¿Cómo sería la vida si todos nos pareciéramos un poco más a Dios? Este es el gran anhelo de Jesús: construir la vida tal como la quiere Dios. Habrá que hacer muchas cosas, pero hay tareas que Jesús subraya de manera preferente: introducir en el mundo la compasión de Dios; poner a la humanidad mirando hacia los últimos; construir un mundo más justo, empezando por los olvidados; sembrar gestos de bondad para aliviar el sufrimiento; enseñar a vivir confiando en Dios Padre, que quiere una vida feliz para sus hijos e hijas.

Desgraciadamente, el reino de Dios es a veces una realidad olvidada por no pocos cristianos. Muchos no han oído hablar de ese proyecto de Dios; no saben que es la única tarea de la Iglesia y de los cristianos. Ignoran que, para mirar la vida con los ojos de Jesús, hay que mirarla desde la perspectiva del reino de Dios; para vivir como él hay que vivir con su pasión por el reino de Dios.

¿Qué puede haber en estos momentos, para los seguidores de Jesús, más importante que comprometernos en una conversión real del cristianismo al reino de Dios? Ese proyecto de Dios es nuestro objetivo primero. Desde él se nos revela la fe cristiana en su verdad última: amar a Dios es tener hambre y sed de justicia como él; seguir a Jesús es vivir para el reino de Dios como él; pertenecer a la Iglesia es comprometerse por un mundo más justo.

Seguir a Jesús

Jesús no dejó detrás de sí una “escuela”, al estilo de los filósofos griegos, para seguir ahondando en la verdad última de la realidad. Tampoco pensó en una institución dedicada a garantizar en el mundo la verdadera religión. Jesús puso en marcha un movimiento de “seguidores” que se encargaran de anunciar y promover su proyecto del “reino de Dios”. Da ahí proviene la Iglesia de Jesús. Por eso, nada hay más decisivo para nosotros que reactivar una y otra vez dentro de

la Iglesia el seguimiento fiel a su persona. El seguimiento a Jesús es lo único que nos hace cristianos.

Aunque a veces lo olvidamos, esa es la opción primera de un cristiano: seguir a Jesús. Esta decisión lo cambia todo. Es como empezar a vivir de manera diferente la fe, la vida y la realidad de cada día. Encontrar, por fin, el eje, la verdad, la razón de vivir, el camino. Poder vivir dando un contenido real a la adhesión a Jesús: creer en lo que él creyó; vivir lo que él vivió; dar importancia a lo que él se la daba; interesarse por lo que él se interesó, tratar a las personas como él las trató; mirar la vida como la miraba él, orar como él oró, contagiar esperanza como la contagiaba él.

Sé que es posible seguir a Jesús por caminos diversos. El seguimiento de Francisco de Asís no es el de Francisco Javier o el de Teresa de Jesús. Son muchos los aspectos y matices del servicio de Jesús al reino de Dios. Pero hay rasgos básicos que no pueden faltar en un verdadero seguimiento de Jesús. Señalo algunos.

Seguir a Jesús implica poner en el centro de nuestra mirada y de nuestro corazón a los *pobres*. Situarnos en la perspectiva de los que sufren. Hacer nuestros sus sufrimientos y aspiraciones. Asumir su defensa. Seguir a Jesús es vivir con *compasión*. Sacudirnos de encima la indiferencia. No vivir solo de abstracciones y principios teóricos, sino acercarnos a las personas en su situación concreta. Seguir a Jesús pide desarrollar la *acogida*. No vivir con mentalidad de secta. No excluir ni excomulgar. Hacer nuestro el proyecto integrador e incluyente de Jesús. Derribar fronteras y construir puentes. Eliminar la discriminación.

Seguir a Jesús es asumir la *crucifixión* por el reino de Dios. No dejar de definirnos y tomar partido por miedo a las consecuencias dolorosas. Cargar con el peso del “antirreino” y tomar la cruz de cada día en comunión con Jesús y los crucificados de la tierra. Seguir a Jesús es *confiar* en el Padre de todos, invocar su nombre santo, pedir la venida de su reino y sembrar la esperanza de Jesús contra toda esperanza.

Construir la Iglesia de Jesús

Hablar de Jesús y de la Iglesia es decisivo, pero también delicado y a veces conflictivo. No todos los cristianos tenemos la misma visión de la realidad eclesial; nuestra perspectiva y talante, nuestro modo de percibir y vivir su misterio es, con frecuencia no solo diferente, sino contrapuesto. No separa a ningún creyente de su Iglesia, no le enfrenta a ella. Al menos esta es mi experiencia. En la Iglesia encuentro yo a Jesús como en ninguna parte, en las comunidades cristianas escucho su mensaje y percibo su espíritu.

Algo, sin embargo, está cambiando en mí. Amo a la Iglesia tal como es, con sus virtudes y su pecado, pero ahora, cada vez más, la amo porque amo el proyecto de Jesús para el mundo: el reino de Dios. Por eso quiero verla cada vez más convertida a Jesús. No veo una forma más auténtica de amar a la Iglesia que trabajar por su conversión al evangelio.

Quiero vivir en la Iglesia convirtiéndome a Jesús. Esa ha de ser mi primera contribución. Quiero trabajar por una Iglesia a la que la gente sienta como “amiga de pecadores”. Una Iglesia que busca a los “perdidos”, descuidando tal vez otros aspectos que pueden parecer más importantes. Una Iglesia donde la mujer ocupe el lugar querido realmente por Jesús. Una Iglesia preocupada por la felicidad de las personas, que acoge, escucha y acompaña a cuantos sufren. Quiero una Iglesia de corazón grande en la que cada mañana nos pongamos a trabajar por el reino, sabiendo que Dios ha hecho salir el sol sobre buenos y malos.

Sé que no basta con hablar de la “conversión de la Iglesia a Jesús”, aunque pienso que es necesario y urgente proclamarlo una y otra vez. La única forma de vivir en proceso de conversión permanente es que las comunidades cristianas y cada uno de los creyentes nos atrevamos a vivir más abiertos al Espíritu de Jesús. Cuando nos falta ese Espíritu, nos podemos hacer la ilusión de ser cristianos, pero nos diferencia apenas de quienes no lo son; jugamos a hacer de profetas, pero, en realidad, no tenemos nada nuevo que comunicar a nadie. Terminamos con frecuencia repitiendo con lenguaje religioso las “profecías” de este mundo.

Vivir y morir con la esperanza de Jesús

Según los relatos evangélicos, al morir, Jesús “dio un fuerte grito”. No era solo el grito final de un moribundo. En aquel grito estaban gritando todos los crucificados de la historia. Era un grito de indignación y de protesta. Era, al mismo tiempo, un grito de esperanza. Nunca olvidaron los primeros cristianos este grito de Jesús. En el grito de este hombre rechazado y ejecutado por buscar la felicidad de todos está la verdad última de la vida. En el amor de este crucificado está Dios mismo, identificado con todos los que sufren, gritando contra todas las injusticias, torturas y abusos de todos los tiempos.

En este Dios se puede creer o no creer, pero no es posible burlarse de él. Este Dios no es una caricatura de Ser Supremo y Omnipotente, desentendido de sus criaturas o buscando en ellas exclusivamente su propia gloria. Es el Dios encarnado en Jesús, que sufre con los que sufren muere con los que mueren injustamente y que busca con nosotros y para nosotros la Vida.

En el mundo hay una “exceso” de sufrimiento inocente e irracional. Quienes vivimos satisfechos en la sociedad de la abundancia podemos alimentar algunas ilusiones efímeras, pero ¿hay algo que pueda ofrecer al ser humano un fundamento definitivo para la esperanza? Si todo acaba en la muerte, ¿quién nos puede consolar? Los seguidores de Jesús nos atrevemos a esperar la respuesta definitiva de Dios allí donde Jesús la encontró: más allá de la muerte.

La resurrección de Jesús es para nosotros la razón última y la fuerza diaria de nuestra esperanza: lo que nos alienta a trabajar por un mundo más humano, según el corazón de Dios, y lo que nos hace esperar confiados su salvación. En Jesús resucitado descubrimos la intención profunda de Dios confirmada para siempre: una vida plenamente feliz para la creación entera, una vida liberada para siempre del mal. La vida vivida desde la Fuente.

¿Dónde puedo yo encontrar un fundamento más sólido para vivir y morir con esperanza? Nadie puede despertar y sostener en mí una alegría más radical: ahora sé que un día veré con mis propios ojos, gozando por fin de una verdadera vida, a tanta gente crucificada a la que hoy veo sufrir en este mundo sin conocer la dicha ni la paz. A su vida crucificada solo le espera resurrección. Dios mismo “enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni habrá pena, ni llanto, ni dolor”. Más aún, sostenido por Jesús, me atrevo a esperar mi propia resurrección. En él escucho las palabras más grandiosas que Dios puede decirme al corazón: “Al que tenga sed, yo le dará a beber gratis de la fuente del agua de la vida”. ¡Gratis!, sin merecerlo, así saciará Dios la sed de vida que hay dentro de nosotros.

Pascua de 2008